

Marlborough no tenía rival en la combinación de operaciones militares intrincadísimas y al propio tiempo de facilísima ejecución, perfectamente adaptadas siempre á las circunstancias topográficas y de toda especie; ni conocía igual en la dirección de los movimientos mas difíciles y mas complicados, ni en la presencia de espíritu y golpe de vista en las batallas. Era por lo demás imposible que se librara del todo de la escuela militar de su tiempo, tan pedantesca y estrecha, ni menos que ejecutara aquellas operaciones casi instantáneas y atrevidísimas con que después Federico el Grande y en mayor escala Napoleón decidieron las campañas y la suerte de tantos ejércitos y reinos; pero en pos de estos capitanes maravillosos viene en el orden de mérito casi inmediatamente Marlborough; tan grande era su talento militar, al cual añadía la puntualidad mas meticulosa, hasta en las cosas mas insignificantes y una perseverancia y tenacidad admirables.



El Duque de Marlborough

Copia del grabado de J. Houbroken 1745, sacado del cuadro original pintado por G. Kneller

Al tomar el mando en jefe del ejército anglo-holandés tuvo que luchar Marlborough con grandes dificultades que le crearon la envidia y los celos personales y nacionales de los viejos generales holandeses que habían mandado ya regimientos contra caudillos como Turenna y Condé, y á la sazón se veían pospuestos á un inglés, joven comparado con ellos. Tan grandes fueron su disgusto é ira, que algunos hasta se resistieron abiertamente á cumplir las órdenes del nuevo jefe. Además los Estados Generales, ó parlamento, de Holanda aumentaron las dificultades de Marlborough con el envío de «comisarios de campaña», sin cuyo permiso ninguno de los 60,000 hombres de tropa holandesa y mercenaria, que constituían el ejército, podía moverse. Por este medio el parlamento holandés quería conservar su influencia sobre el ejército aliado, cuyos gastos en su mayor parte eran sufragados por la Holanda. Lo mas fatal era que estos comisarios de campaña no entendían nada absolutamente de guerra, ni de estrategia y ciencias militares, y que no pensaban mas que en cumplir su encargo que les prescribía velar sobre la conservación de las fronteras y apoderarse á lo mas para mayor seguridad de algunas fortalezas belgas que hiciesen las veces de una «barrera», según decía la instrucción. De estas ideas mezquinas al plan de Marlborough, que era la destrucción del ejército y preponderancia del gobierno francés, había una distancia inmensa; que hacia inevitables des-

avenencias serias. No podían negar los holandeses que Marlborough había logrado echar del Bajo Rin, con su ejército superior, al mariscal francés Boufflers; pero cuando quiso seguirle y atacar sus líneas del Brabante, no lo consintieron los comisarios, acostumbrados al sistema lento y metódico del difunto Guillermo III; y el general tuvo que contentarse con emplear su magnífico ejército en la conquista de Venlo y algunas otras plazas fuertes del Mosa. Tomadas éstas, se puso en movimiento contra Lieja, la fortaleza mas importante situada en el curso medio de este río. Luis XIV furioso mandó á Boufflers salvar la ciudad; pero ya había tomado Marlborough posiciones tan ventajosas, que el mariscal francés no se atrevió á atacarle; y á los dos meses de sitio rindióse Lieja. Había perdido la Francia en esta campaña los dos arzobispados de Lieja y Colonia, éste con excepción de Bonn, importantísimos para la Francia bajo el doble aspecto político y estratégico. La aflicción de Luis XIV fué grande; y tampoco estaba contento Marlborough, porque según su modo de ver no se había sacado ni con mucho la ventaja que se hubiera debido sacar de la superioridad casual del ejército aliado, no debiendo haber quedado en poder del monarca francés la Bélgica; porque sería causa de grandísimas pérdidas para los aliados en la campaña próxima en vista de los grandes armamentos que hacia Luis.

También alcanzaron los aliados algunas ventajas, aunque secundarias, en la Alemania alta ó meridional. El archiduque José, hijo mayor del emperador, fogoso, en la flor de su edad y lleno de entusiasmo por la dignidad imperial que estaba destinado á heredar, y por la misión de su familia en la historia, quiso atacar la Francia en su propio territorio y arrancarle la Alsacia que medio siglo antes había sido desmembrada del imperio alemán y arrebatada en gran parte á la casa de Austria; pero aunque nominalmente tenía el mando en jefe del ejército destinado á operar en aquella parte, lo mandaba en realidad el margrave Luis de Baden, el cual por su edad adelantada y la triste experiencia de la última guerra, era partidario de la precaución y la llevaba al exceso. Su plan era estar á la defensiva, y á lo mas tomar pausada y sucesivamente las fortalezas mas próximas. A este obstáculo vivo que se oponía á los deseos del archiduque, se agregó que su ejército apenas llegaba á 40,000 hombres, cuando según los tratados con los aliados de la Alemania meridional debía contar con doble número. Verdad es que á pesar de esto tenía todavía 15,000 hombres mas que las fuerzas enemigas en aquella parte, mandadas por Catinat, el cual hasta en los últimos años de su vida tenía la desgracia de verse siempre encargado de las empresas mas ingratas y esta vez se vio igualmente obligado por escasez de sus fuerzas á permanecer á la defensiva. Así tampoco pudo impedir que el archiduque pusiera sitio á la fortísima plaza de Landau que pertenecía á la Alsacia y de consiguiente entonces á la Francia. Luis XIV no comprendía en su regio orgullo cómo sus huestes disminuidas en número y calidad no llegaban á hacer lo mismo que hicieron cuando eran mas numerosas, estaban mejor organizadas y administradas y obedecían á capitanes de mas talento; é indignado envió á Catinat el orden de hacer levantar al enemigo el sitio de Landau. Pero Catinat no podía hacer imposibles, y en el mes de setiembre se rindió la plaza á los aliados, los cuales añadieron á la orgullosa inscripción: *Hæc nemini cedit* que los franceses habían hecho grabar sobre la puerta de entrada, esta otra: *Tandem cessit Casari*.

Había llegado el otoño y á pesar de todos sus esfuerzos no había logrado el emperador que el imperio alemán declarara la guerra á la Francia, cuando un acto brutal del príncipe elector de Baviera vino al auxilio de los aliados. En

vanó se habían hecho mil tentativas para que Maximiliano Manuel renunciase á su alianza con los Borbones y abrazara la causa del emperador y demás príncipes de la coalición; pero al fin ya estaba dispuesto á ceder su país hereditario á la casa de Austria en cambio del reino de las Dos Sicilias. Opúsose á esta combinación la mezquina codicia del archiduque Carlos, pretendiente de la corona de España, nada dispuesto á sacrificar un ápice de sus intereses problemáticos á los vitales de su patria, y por tanto el emperador su padre, tuvo que retirar las ofertas que había hecho al elector Maximiliano Manuel. Este, impaciente también por ver realizadas las promesas que sus aliados los Borbones le habían hecho de engrandecer sus territorios á costa de los otros potentados de la Alemania meridional, cayó repentinamente y sin previo aviso sobre la ciudad libre de Ulm y la obligó á admitir una guarnición bávara. Este acto brutal llenó toda la Alemania de la mayor indignación, y la consecuencia fué que la dieta del imperio reunida en Regensburg declaró la guerra en setiembre de 1702 á la Francia y á sus aliados.

Para castigar al elector no había ejército disponible; y como él por el contrario estaba ya muy bien preparado y contestó á la declaración de guerra con actos hostiles, fué menester dividir por el momento las fuerzas imperiales que operaban junto al Rin, con lo cual cambió completamente la situación estratégica en toda la Alemania meridional. Por lo pronto había que renunciar á reconquistar la Alsacia; y gracias que se logró impedir la unión de las fuerzas bávaras con las francesas, á costa de un encuentro muy sangriento. Tuvo lugar esta acción cerca de Friedlingen mandando los aliados Luis de Baden y los franceses el mariscal Villars, sucesor de Catinat.

En esta campaña había sufrido Luis XIV pérdidas innegables, pero eran de aquellas que nada deciden, y tomando en cuenta la superioridad numérica del enemigo, todavía podía felicitarle de que las pérdidas no fuesen mayores; por otra parte había sido sorprendido en cierta manera por los sucesos, y tenía la seguridad de presentar el año siguiente fuerzas mucho mayores al enemigo.

Ya corría la sangre, pues, y la guerra implacable provocada en gran manera por la codicia de Luis y su desprecio de todo derecho humano, había arrastrado en su torbellino á todos los países del centro y del Occidente de Europa, mientras otra guerra ardía en el Norte y Este del continente. En muchas partes alzábanse los descontentos en el interior de Francia aprovechando la ausencia de las tropas; de modo que por do quiera había desolación y matanza.

La intolerancia religiosa de Luis XIV, que tan crueles heridas había infligido á la Francia, quedó castigada en esta ocasión sensiblemente. En los valles inhospitalarios y fragosidades de las Cevenas en el Sudeste de Francia vivía una población bastante numerosa, descendiente de los valdenses que en el siglo xv habían adoptado en su mayor parte la religión reformada. Con la anulación del edicto de Nantes había descargado sobre estos infelices una tempestad de indecibles desgracias, y en los intervalos no cesaron de inundar frailes y soldados sus antes tan pacíficas aldeas y caseríos para convertirlos de grado ó por fuerza al catolicismo, hasta que la población exasperada se sublevó en 1689 y fué pronto sometida otra vez á hierro y fuego. A la sazón en 1702 renovóse la sublevación con mayor fuerza que la vez primera, porque la persecución cruel é implacable había inflamado el fanatismo de aquellos infortunados y sencillos montañeses hasta la desesperación mas fiera. Ya se habían presentado síntomas de la fermentación en varios asesinatos de funcionarios del gobierno, en especial de cobradores de

contribución, cuando las inauditas crueldades del presbítero Du Chaila dieron la ocasión inmediata para el estallido. Este sacerdote fanático tenía organizado un servicio de espionaje para sorprender á los hugonotes en las fragosidades de aquellas montañas donde se reunían para celebrar su perseguido culto; una vez cogidos, los mandaba encerrar sin misericordia en los calabozos y ahorcar después. En julio de 1702 fué sorprendido á su vez, y degollado con sus secuaces por los montañeses exasperados. La agitación fué indescriptible, bandas de muchachos iban recorriendo el país, de valle en valle, de aldea en aldea y excitando á las poblaciones á la guerra santa; muchachas, casadas y hombres caían en éxtasis, predicaban, profetizaban y decían que Dios había condenado la gran Babilonia (Roma) á la ruina, y que estaba próximo el día de su exterminio. Púsose á la cabeza de los sublevados un mozo panadero llamado Juan Cavalier, que había nacido para general; porque no contando mas de 20 años, y siendo de aspecto afeminado, cabello rubio, ojos azules, cara sonrosada y cándida, estaba sin embargo dotado de un carácter enérgico, voluntad inflexible, inventiva, prevision y sagacidad tan extraordinarias, que venció á batallones compuestos de veteranos de diez campañas. El número de los profetas de todo sexo y edad crecía; se predicaba en todas partes la guerra santa de exterminio contra los perseguidores, y pronto se contaron los sublevados armados por millares. Llamábanse *Encamisados* porque para distinguirse gastaban blusas blancas de lienzo. Perseguidos por las tropas reales no obtuvieron perdón; los que caían en su poder eran degollados después de hacerles sufrir los mas refinados tormentos; y ellos en represalias hacían otro tanto sin piedad, persiguiendo con implacable fanatismo á toda persona católica, y sobre todo á los sacerdotes y maestros de escuela. En diciembre de 1702 salieron de la sierra para mostrarse en el llano donde acuchillaron un cuerpo compuesto de nobles que se había formado para perseguirlos, y se vistieron con los uniformes de los vencidos. A principios del año siguiente, 1703, derrotaron á las puertas de Nîmes á las fuerzas mandadas por el conde de Broglie, gobernador de la provincia, después de lo cual nadie les disputó ya el llano, donde incendiaron 40 parroquias y asesinaron á 80 sacerdotes. Finalmente fué menester enviar contra ellos un ejército verdadero, de 60,000 hombres nada menos, y á las órdenes del mariscal De Montrevel, hugonote convertido, que procedió con todo el odio y protervia de renegado contra sus antiguos correligionarios, expulsando de sus aldeas poblaciones enteras y ordenando degüellos en masa sin formación de causa ni distinciones de ninguna clase. Sin embargo, tantas crueldades no produjeron el resultado deseado.

Los revoltosos eran prácticos en sus sierras calcáreas, fragosas, acantiladas, desgajadas, donde abundan madrigueras inaccesibles; en las ciudades mayores de la provincia tenían inteligencias que les instruían de todos los proyectos de Montrevel y las advertían de todos los peligros, y lo mismo sucedía en los castillos mas próximos, donde encontraban buena acogida y escondites seguros cuando se veían perseguidos. A todo esto se añadía la energía montañesa é indomable de aquella gente. A la vista misma de Montrevel los encaminados redujeron á cenizas 200 iglesias solamente en la diócesis de Nîmes, y llevándose las campanas las convirtieron en cañones. Criminales de toda especie aprovecharon la confusión y acudieron para aumentar los horrores que ya aun sin el auxilio de facinerosos de oficio cometían los sublevados en la población católica pacífica. Las cosas llegaron á su colmo cuando las potencias coligadas contra la Francia echaron de ver que podían muy bien servirse de los sublevados como aliados eficaces contra el

gran rey Sol; porque introdujeron entre ellos agentes ingleses y oficiales holandeses para auxiliarlos con dinero y organizar militarmente sus huestes.

Llegó á ser un peligro serio para la Francia esta sublevación; pero casi al propio tiempo ocurrió un suceso análogo en otra parte, que causó daños de mas consideración á los aliados. El causante fué el emperador de Austria, tambien con su despotismo é intolerancia religiosa.

Después de firmada la paz de Carlowicz que dejó al imperio turco debilitado y humillado, se ensoberbeció el gobierno de Viena y creyó poder permitirse todo género de abusos con los húngaros y transilvanos vencidos. Estaba resuelto á aplicar allí el sistema nivelador absolutista que habia aplicado á las provincias eslavas de Alemania. En lugar de los gobiernos autónomos de los comitados, quiso imponer al país la burocracia austriaca, y reemplazar la independencia constitucional con un lugarteniente imperial que gobernara á su capricho. Del mismo modo, y por cierto contra la voluntad de la nación, quiso introducir las mismas contribuciones y gabelas crecidas que cobraba en las provincias occidentales. En una época en que el gobierno de Austria aleccionado por la experiencia del tiempo pasado, debía emplear todas sus fuerzas en el exterior, dió Leopoldo I rienda suelta á su inveterado prurito de destruir las libertades de sus súbditos, con desprecio de todos los derechos adquiridos y con tanta precipitación apasionada, como si no le quedara tiempo para ello. Todos los puestos oficiales en la administración y gobierno fueron confiados á alemanes. Creóse un tribunal superior para el ramo de justicia de Hungría, pero establecido fuera del país; á los empleados y soldados se les permitieron toda clase de vejámenes y tropelías; y no se admitieron quejas contra ellos. Los protestantes fueron oprimidos, y el gobierno arrebató á los católicos los bienes de sus iglesias. El descontento fué, pues, general y no tardó en encontrar un jefe tan distinguido como enérgico y activo.

Elena Zrinyi, esposa del rebelde fugitivo Emerico Tököly, tenía de su primer matrimonio con el príncipe Rakoczy un hijo llamado Francisco, heredero de la influencia secular que su familia habia gozado en Hungría y aun mas en Transilvania. Este nieto é hijastro de revolucionarios, á pesar de su conducta leal é irreprochable, fué tratado por la corte imperial con visible desconfianza. Esto le determinó á merecerla, á cuyo fin se puso en relacion con muchos húngaros descontentos y sobre todo con el rey de Francia. Descubrióse el complot y Francisco Rakoczy fué preso, pero logró fugarse del calabozo, huyó á Polonia, y cuando las tropas imperiales marcharon á Italia, y empezaron á formarse algunas bandas de sublevados en la frontera polaco-húngara, se puso á su cabeza. La escasez de tropas en el país y la indolencia de los funcionarios del gobierno contribuyeron á que pudiera sostenerse en armas hasta que se fueron reuniendo con él poco á poco muchos partidarios y hasta militares de alta graduación imperiales, pero de nacionalidad húngara, como los condes Carolyi, Forgach y Esterhazy. Con tales apoyos empezaron á ser ya temibles los sublevados. Esto acontecia á principios del año 1703. El sosten principal de Rakoczy era el conde Nicolás Berscenyi, hombre atrevido, turbulento y emprendedor, que dió muchísimo que hacer á los imperiales. Como el gobierno imperial era tan generalmente odiado, y sus fuerzas estaban ocupadas á orillas del Rhin y del Adda, los sublevados no tardaron en dominar en casi toda la Hungría y Transilvania; los protestantes sobre todo ingresaron en las filas de Rakoczy en tan gran número, que formaban la mayoría de sus fuerzas; y Rakoczy, en noviembre de 1703, celebró un verdadero con-

venio con Luis XIV, por el cual este le prometia subsidios regulares.

Los esclavones y croatas que desde antiguo tenían y tienen gran odio á los magyares ó húngaros de raza, no tomaron parte en el movimiento, como tampoco lo hicieron en 1848; permanecieron fieles á la casa de Habsburgo, y su diputación ó parlamento prometió ayudar al emperador con un cuerpo de 15,000 hombres, que por lo pronto solo figuraron en el papel.

Bajo malos auspicios, según se ve, habia principiado el año 1703 para el emperador, el cual, viendo que la tormenta arreciaba y la necesidad crecia, no tuvo mas remedio, aunque muy á pesar suyo, que echar mano del príncipe Eugenio, cuya inteligencia superior le molestaba y le infundia recelos. Nombróle presidente del consejo imperial de guerra, y confió tambien los demás altos puestos del Estado á personas de talento, enérgicas y amigas del príncipe Eugenio; pero estas innovaciones no podían mejorar de repente el estado fatal en que se hallaban la administración, completamente desorganizada por la solemne incapacidad de los empleados, y las mismas provincias del Austria.

Para la próxima campaña puso á contribucion Luis XIV todos los recursos de la Francia. Tenia cinco ejércitos en campaña, uno en el Rhin, otro en Italia, el tercero en Bélgica. Confió el mando de este último al mariscal Villeroy, que acababa de ser rescatado del Austria que le tenia prisionero de guerra, y cuya incapacidad por lo visto no habia llegado á conocer todavía. El cuarto ejército, de creación reciente, operaba contra los encamisados; el quinto, destinado á operar en el valle del Mosela, fué puesto á las órdenes de Tallard que acababa de recibir el baston de mariscal. El plan de campaña era vasto. En Bélgica debía procurarse sostener la actitud defensiva. Villars y Tallard debían penetrar en Alemania y reunirse con el elector de Baviera, y el mariscal duque de Vandoma desde Italia pasando por el Tirol tenia órdenes de reunirse con los tres anteriores. Reunidas que estuvieran todas estas fuerzas, debían llevar la guerra al corazón del Austria, y dar allí el golpe decisivo que acabaría la lucha de una manera gloriosa y digna para Luis XIV y provechosa para el elector Maximiliano Manuel de Baviera. La sublevación de Hungría era un factor importantísimo para el éxito de este plan que amenazaba á la coalición en su base.

Marlborough y el gran pensionario Heinsius habian logrado con gran trabajo un aumento del ejército inglés estacionado en los Países Bajos; pero, lo mismo que antes, la desconfianza y exagerada precaucion de los comisarios de guerra holandeses ataron las manos del eminente y preclaro general, y le obligaron á contentarse con emplear sus fuerzas superiores en las operaciones secundarias de sitio de la capital del electorado de Colonia y de la fortaleza de Bonn, defendida por el comandante francés D'Allegre con tanto talento, que no se rindió esta plaza importante del Rhin sino á mediados del mes de mayo. Marlborough se impacientaba al ver que las cosas empezaban á ir mal en el interior de Alemania y ardía en deseos de obligar á los franceses por un vigoroso ataque contra el ejército de Villeroy, á desviar fuerzas hacia el Norte y debilitar las destinadas á la invasión del Austria; pero los obstáculos que opusieron los comisarios y la malevolencia de los generales holandeses le impidieron ejecutar este plan. Por fin uno de estos últimos, Obdam, hasta se dejó sorprender y derrotar por Boufflers en 30 de junio de 1703; lo cual suscitó una verdadera tempestad contra Marlborough que fué acusado por todo el mundo de haber expuesto y abandonado adrede á los holandeses para perderlos. En muchas ciudades se amotinó el pueblo contra la

política de los Estados Generales. En circunstancias tan desfavorables el gran proyecto de Marlborough de desmembrar las fuerzas enemigas con el sitio y toma de Amberes, acabó en una retirada sobre el rio Mosa, y la conquista de las pequeñas plazas de Huy, Limburgo y Guedres que no indemnizaban de los sacrificios colosales que esta campaña habia costado á las potencias marítimas. Ni siquiera hubo medio hábil de poner sitio á Namur, plaza ya algo mas considerable que las tres citadas. Así regresó al fin del año Marlborough á Inglaterra declarando su invariable determinación de no encargarse en adelante de ningun mando en condiciones análogas, diciendo que para él habia sido aquella una verdadera campaña perdida por el solo hecho de haber dejado realizar á los franceses la invasión de Alemania desde la Champaña.

En el terreno diplomático habian sido mas felices este año las potencias marítimas.

Portugal habia logrado su separación de la monarquía española con el apoyo de la Francia y de ningun modo con sus fuerzas propias, pero Luis XIV habia explotado tambien esta circunstancia para servirse y abusar de su protejido como si fuese casi un vasallo suyo, tanto que los portugueses deseaban vivamente librarse de tan molesta esclavitud; y como se veían además expuestos á perder en esta guerra, como aliados de Francia, sus colonias de Ultramar, calcularon muy discretamente que lo mejor para ellos seria arrimarse á las potencias marítimas. En efecto solo sometiéndose á las exigencias de las circunstancias, y muy contra su voluntad, se habian conformado con la alianza con Francia y España al subir al trono español Felipe V. Sabian que en esto jugaban la suerte de su reducido país, cuya prosperidad se basaba en resumen sobre los dos factores siguientes: primero: la introducción en el país de los productos industriales ingleses prohibidos en las posesiones españolas, que de Portugal se metían de contrabando en España desde donde pasaban del mismo modo á América; y segundo: la exportación de los vinos portugueses, cuyo mejor y principal mercado era la Inglaterra.

Estando así las cosas, empezaron las hostilidades entre las potencias beligerantes, y cuando en el verano de 1702 amenazaron la Inglaterra y Holanda con un bloqueo de las costas portuguesas, sublevóse en Lisboa la población contra su gobierno. El rey Pedro II, espantado, apaciguó los ánimos declarándose dispuesto á hacer causa comun con las potencias marítimas con la condicion de que estas atacaran á la España directamente y derribaran la monarquía borbónica, único medio de librar al Portugal de su venganza posterior. Convinieron las dos potencias en ello, y propusieron al emperador que enviase al pretendiente archiduque Carlos á España á la cabeza de un poderoso ejército y de una escuadra.

No faltaban circunstancias interiores en este último país que convidaban á acometer tal empresa. El pueblo habia perdido toda esperanza de ver recobrar á su patria la posición gloriosa que habia ocupado algun día. Felipe V era una nulidad completa; juguete de las personas que le rodeaban y del ambicioso é intrigante cardenal Portocarrero que dirigía la nave del Estado, no estaba á la altura de su misión. Los grandes á quienes habia apartado de los negocios públicos donde antes se lucraban tanto, los que deseaban reformas, y los patriotas á quienes indignaba la dictadura que se ejercía desde Versalles sobre su país; todos estos elementos formaban ya una oposición bastante peligrosa para la situación borbónica, tanto mas cuanto que estaba á su cabeza la camarera mayor de la reina, la princesa de los Ursinos, ó sea María Ana de la Tremouille de la casa de Saboya, por su

segundo marido princesa de Orsini-Bracciano (1). Esta mujer de edad proveya, de majestuosa presencia, agraciada á pesar de sus años, estaba por su talento de persuasión, su energía de voluntad y su fuerza de mando, como destinada por la naturaleza á dirigir, gobernar y mandar (2).

Las provincias de la corona de Aragón, en especial la Cataluña, país enérgico y amante orgulloso de la libertad y de sus fueros, enemigas constante del dominio de Castilla, estaban prontas á levantarse contra el rey extranjero que desde Madrid se les habia impuesto. En el verano de 1702 habian hecho los aliados una tentativa de desembarco en Cádiz, pero sin éxito, porque los andaluces eran cabalmente los partidarios mas acérrimos del nuevo rey, y los jefes de la expedición estaban además según su costumbre desunidos. Al regresar quemaron en la bahía de Vigo la flota española que venia cargada de plata de América, y á esto se limitaron las hazañas de la expedición. Sin embargo quedaba demostrada á los ojos de Portugal la resolución firme de las potencias marítimas de atacar á la España directamente, y en su consecuencia el gobierno portugués firmó con ellas un tratado de alianza en mayo de 1703, en el cual prometió contribuir á la elevación del archiduque Carlos al trono de España, en cambio de importantes ventajas pecuniarias y mercantiles. Con este nuevo tratado la Inglaterra y la Holanda traspasaron extraordinariamente los límites de aquel otro, firmado en el mes de setiembre de 1701; porque en él solo se propusieron proporcionar al emperador una parte de la herencia española, mientras que á la sazón querían dar á su hijo toda la monarquía sin merma. El mismo tratado estipulaba que el archiduque Carlos pasaria sin demora á Lisboa y desde allí invadiría su futuro reino. Mientras las potencias marítimas ensanchaban tan considerablemente los límites de la lucha y su objeto final, sucedía cabalmente lo contrario con el mas favorecido en el plan, el emperador Leopoldo, que desde su punto de vista opinaba con razon que mas ganaba con la anexión á sus Estados propios, de la Bélgica y de la mitad de Italia, que con el establecimiento de una segunda dinastía habsburga en España. Además, siendo Carlos su hijo predilecto, temía exponerle á los peligros de una guerra en la península. Sin embargo estas razones no tuvieron ningun peso para las potencias marítimas aliadas; el emperador hubo de ceder al fin á sus instancias; y en otoño de 1703 permitió que el joven príncipe acudiera á donde le llamaba el empeño de aquellas, no sin arrancar antes á su hijo un documento secreto, en el cual este prometia á su padre ce-

(1) La princesa de los Ursinos estuvo por algun tiempo en la oposición, pero no contra el rey. Luis XIV habia enviado á Madrid al cardenal Estrées, confidente suyo, con instrucciones para que hiciese en todo la voluntad del monarca francés. Este cardenal con la presunción que traía de su mérito, se manifestó ofendido del influjo de la princesa y lo mismo hicieron su sobrino el abate Estrées, el embajador Louville y el confesor de Felipe el jesuita D. Aubenton. Quejáronse pues á Luis XIV y este retiró su confianza á la princesa de Ursinos y escribió á su nieto Felipe recordándole que le debía el trono y exigiéndole que no tomase ninguna resolución sin ponerse de acuerdo con él por medio del cardenal Estrées á quien debía dar entrada en el Consejo. Escribieron entonces á Luis XIV el rey, la reina y la princesa y esta última decia al ministro Torcy: «Si queréis sujetar á los españoles por medio de la fuerza excusados de molestaros. Estrées y Louville no lograrían feliz éxito en país alguno con la conducta que observan; pero los españoles son todavía menos á propósito que ningun pueblo para aguantar tales amos.» Además la princesa se manejó de tal suerte haciendo ver lo que valia tanto en la oposición como en el gobierno, que el mismo Luis XIV le pidió que continuara prestando servicios á su nieto y por último retiró de Madrid al cardenal. Después la misma princesa hizo retirar á Portocarrero y siguió ejerciendo una grande influencia hasta en los asuntos de guerra y hacienda durante la vida de la reina Luisa.

(N. del T.)

(2) Véase FRANCISCO COMBES, *La princesse des Ursins*. Paris 1858